

—Por supuesto.

—Entonces es que quereis imprimirlo?

—En seguida.—Luego añadió: Pero como no tengo máquina á mi disposicion, solo podré conseguir que se impriman algunas pruebas con el cepillo; esto es largo, pero á las ocho tendreis quinientos ejemplares.

—¿Persistís en negaros á imprimir el llamamiento á las armas?

—Sí; persisto.

Sacóse una doble copia del decreto, que Emilio de Girardin se llevó.

A cada momento entraban nuevos representantes, que nos trajeron las siguientes noticias: Amiens estaba en completa insurreccion; Reims y Rouen puestos en movimiento y marchando sobre Paris; el general Canrobert resistia el golpe de Estado; el general Castellane dudaba; el ministro de los Estados-Unidos habia pedido sus pasaportes. Nosotros dimos poca fé á estos rumores y los hechos han demostrado que teníamos razon.

Entre tanto Julio Favre habia redactado el siguiente decreto, que propuso y que fué aprobado inmediatamente:

“DECRETO.

REPÚBLICA FRANCESA.

Libertad, Igualdad, Fraternidad.

Los representantes abajo firmados, que permanecen libres, reunidos en Asamblea permanente;

Visto el arresto de la mayor parte de sus colegas, vista la urgencia;

Considerando que para realizar el crimen, Luis Bonaparte, no contento con multiplicar los medios de destruccion más formidables contra la vida y las propiedades de los ciudadanos de Paris, ha pisoteado todas las leyes é inutilizado todas las garantías de las naciones civilizadas; considerando que estas criminales locuras solo consiguen aumentar la reprobacion de todas las conciencias y apresurar la hora de la venganza nacional; como importa proclamar el derecho,

Decretan:

Artículo 1.º Se levanta el estado de sitio en todos los departamentos donde se haya establecido; las leyes ordinarias recobran su imperio.

Art. 2.º Se ordena á todos los jefes militares, bajo pena de prevaricacion, que resignen inmediatamente los poderes extraordinarios que se les hayan conferido,

Art. 3.º Los funcionarios y agentes de la fuerza pública quedan encargados, bajo pena de prevaricacion, de la ejecucion del presente decreto.

Dado en sesion permanente el 3 de Diciembre de 1851.”

En aquel momento entraron Madier de Montjau y Deflotte; venian de la calle, habian recorrido los puntos en donde se habia empeñado la lucha, y notaron en cierta parte de la poblacion perplejidad al leer en los decretos oficiales estas palabras: *La ley del 31 de Mayo queda abolida; se restablece el sufragio universal.* Indudablemente los carteles de Luis Bonaparte causaban estragos. Era indispensable oponer á su esfuerzo otro esfuerzo y no perdonar medio alguno para que el pueblo abriera los ojos; entonces dicté la proclama siguiente:

“PROCLAMA.

Pueblo, te engañan!

Luis Bonaparte dice que recuperas tus derechos y que te devuelve el sufragio universal.

Luis Bonaparte miente.

Lee sus carteles y verás como por escarnio infame te concede el derecho de conferirle á él solo el poder constituyente, es decir, la suprema potestad que te pertenece. Te otorga el derecho de nombrarle dictador *por diez años.* O en otros términos, te concede el derecho de abdicar y de coronarle; derecho que tú mismo no tienes, porque una generacion no puede disponer de la soberanía de la generacion siguiente. A tí, que eres soberano, te dá el derecho de concederte un señor, que es él.

Eso es hipocresía y traicion.

¡Pueblo, nosotros debemos arrancar la máscara al hipócrita, pero á tí te corresponde castigar al traidor.

El comité de resistencia: Julio Favre, Deflotte, Carnot, Madier de Montjau, Mathieu (del Drôme), Michel de Bourges, Víctor Hugo.”

Baudin sucumbió heroicamente, y era preciso que el pueblo supiera su muerte y que honrase su memoria. Votamos el siguiente decreto, que propuso Michel de Bourges:

“DECRETO.

Los representantes del pueblo que permanecen libres, considerando que el representante Baudin, muerto en la barricada del arrabal de San Antonio en defensa de la República y de las leyes, ha merecido bien de la patria,

Decretan:

Conceder al representante Baudin los honores del Panteon.

Dado en sesion permanente el 3 de Diciembre de 1851.”

Despues de los actos anteriores, yo proponia la abolicion de los consumos y del impuesto sobre las bebidas; pero me objetaron que no se debia acariciar al pueblo hasta despues de la victoria; que primero debia combatir; que si no se sublevaba, si no comprendia que por él los representantes arriesgábamos la vida en estos momentos, si nos dejaba solos en la brecha ante el golpe de Estado, no era digno de la libertad. Baucel objetó que la abolicion de los consumos y la de impuestos sobre las bebidas no era acariciar al pueblo, sino socorrer á la indigencia; era dictar una reparadora medida económica, era dar satisfaccion al clamor público, satisfaccion que se negó siempre á dar la derecha y que la izquierda debia apresurarse á conceder.

Se votaron, aunque con la reserva de no publicarlos hasta despues de la victoria, los dos decretos convertidos en uno solo, bajo esta forma:

“DECRETO.

Los representantes que han quedado libres,

Decretan:

Quedan abolidos los consumos en toda la extension del territorio de la República.

Dado en sesion permanente el 3 de Diciembre de 1851.”

Versigny, llevándose copia de las proclamas y del decreto, se fué en busca de Hetzel. Labrousse por su parte tambien fué. Nos citamos para las nueve de la noche en casa del antiguo miembro del gobierno provisional Marie, que vivia en la calle Nueva de Petit-Champs.

Cuando los miembros del comité y los representantes se retiraban, vinieron á decirme que un hombre deseaba hablarme. Entré en una sala contigua al salon y encontré allí á un joven de blusa, de aspecto simpático é inteligente, que llevaba en la mano un rollo de papel.

—Ciudadano Víctor Hugo, me dijo, sé que no teneis imprenta, pero yo traigo un medio de suplirla.

Desplegó enteramente sobre la chimenea el rollo de papel que llevaba. Era un cuaderno de una especie de papel azul muy fino y que me pareció algo engrasado. Entre cada hoja de papel azul

habia una hoja de papel blanco. Sacó del bolsillo una especie de punzon de punta roma, diciéndome:—“Cualquier cosa que tengais á mano os puede servir, por ejemplo, un clavo.” En seguida escribió con el punzon en la primera hoja del cuaderno la palabra *República*. Despues, volviendo las hojas, me dijo:—Mirad.

La palabra República se habia reproducido en las quince ó veinte hojas blancas que contenia el cuaderno. El desconocido añadió:

—Usamos habitualmente este papel para calcar los dibujos de fábrica, y he pensado que os podria ser útil en estas circunstancias. En mi casa tengo como un centenar de hojas, con las que puedo escribiros cien copias de proclamas ó de decretos en el tiempo que se emplea en escribir cuatro ó cinco. Dictadme al instante lo que creais conveniente, y mañana por la mañana yo os respondo de que se fijarán en las esquinas de Paris quinientos ejemplares.

No tenia ya ninguno de los documentos que acabábamos de redactar; Versigny se los habia llevado. Cogí un pliego de papel y sobre la chimenea escribí la proclama siguiente:

“AL EJÉRCITO.

Soldados!

Un hombre acaba de rasgar la Constitucion, falta al juramento que prestó al pueblo, anula la ley, ahoga el derecho, ensangrienta á Paris, agarrota la Francia y vende á la República.

Soldados, ese hombre os arrastra en un crimen.

Hay dos cosas santas: la bandera, que representa el honor militar, y la ley, que representa el derecho nacional, y el más grande de los atentados es levantar bandera contra la ley. No sigais más tiempo al desgraciado que os extravía. De semejante crimen, los soldados franceses deben ser vengadores, pero no cómplices.

Ese hombre dice que se llama Bonaparte, pero miente, porque Bonaparte es un apellido que significa gloria. Ese hombre dice que se llama Napoleon, pero miente, porque Napoleon quiere decir génio, y él es oscuro y pigmeo. Entregad á la ley á ese miserable, que es un falso Napoleon. Si fuera un Napoleon verdadero os arrastraria á proseguir las glorias de Marengo, pero éste os arrastra á Transnonain.

Convenceos de la verdadera mision del ejército francés, que consiste en proteger la patria, en propagar la revolu-

ción, en emancipar los pueblos, en sostener las nacionalidades, en libertar el continente, en romper las cadenas por todas partes y en defender el derecho; esta es vuestra misión entre todos los ejércitos de Europa.

Soldados! el ejército francés es la vanguardia de la humanidad.

Si reflexionais, os indignareis al pensar que unos cobardes han prendido y arrojado con grilletas á vuestros generales en el calabozo de los ladrones. El malvado que vive en el Elíseo cree que el ejército francés es una horda del Bajo Imperio, y quiere que le obedezca, empuñandoos en una obra infame. Os manda que destruyais todo lo que la Francia ha edificado gloriosamente y con muchísimo trabajo durante tres siglos de civilización y en sesenta años de revoluciones. Soldados, si sois todavía el gran ejército, respetad á la gran nación. Si avanzais más en el crimen, si defendeis un día más á Luis Bonaparte, estais perdidos ante la conciencia universal. Los hombres que os mandan están fuera de la ley; no son generales, son malhechores. Les aguarda la chaqueta de los presidiarios; desde este momento la visten ya. ¡Soldados, deteneos; aun es tiempo! Volved á la patria! ¡Volved á la República! De lo contrario, la historia dirá de vosotros que los soldados franceses hollaron con los pies de sus caballos y aplastaron con las ruedas de los cañones todas las leyes del país, que han deshonorado el aniversario de Austerlitz, y que con el atentado de hoy lanzan con el nombre de Napoleon tanta vergüenza sobre la Francia, como gloria conquistaron en otro tiempo con tan victorioso nombre.

Soldados franceses, cesad de auxiliar al crimen.”

Como mis colegas del comité se habían marchado ya, no pude consultarles, y como el tiempo urgía, firmé: *“Por los representantes del pueblo que han quedado libres, el representante miembro del comité de resistencia,*

VÍCTOR HUGO.”

El hombre de la blusa cogió la proclama, y al salir me dijo:—“Mañana estará en las esquinas.” Cumplió su palabra; apareció en las esquinas de Paris. A las personas que no conocían el secreto del procedimiento les pareció que estaba escrito con tinta azul.

Me dirigí á mi casa, donde encontré

la puerta entreabierta, no sé por qué casualidad. La empujé y entré. Crucé el patio y subí la escalera sin encontrar nadie al paso.

Mi mujer y mi hija estaban en la sala junto á la chimenea, con la señora de Paul Meurice. Entré sin mover ruido; estaban conversando en voz baja y hablaban del cancionero popular Pierre Dupont, que había ido á casa á pedir armas. Isidoro, que había sido soldado, tenía dos pistolas y se las prestó.

De repente aquellas señoras volvieron la cabeza, y al verme allí, mi hija lanzó un grito.

—Vete, exclamó mi mujer echándoseme al cuello; eres perdido si permaneces aquí, porque quieren prenderte. La señora de Paul Meurice añadió: “Os están buscando. La policía vino aquí hace un cuarto de hora.” No conseguí tranquilizarlas. Me entregaron diferentes cartas en las que me ofrecían varios asilos para pasar la noche; las tomé, y al ver á las señoras cada vez más asustadas, me decidí á marchar. Abracé á mi mujer y á mi hija y salí. Tampoco encontré á nadie al salir; únicamente en la habitación del portero ví tres ó cuatro niños sentados alrededor de una lámpara, que se reían mirando las estampas de un libro.

VII.

El arzobispo.

En esta jornada trágica y sombría le ocurrió un pensamiento á un hombre del pueblo, á un obrero que pertenecía á la honrada é imperceptible minoría de los demócratas católicos. La doble exaltación de su espíritu, por una parte revolucionario y por otra místico, le hacía sospechoso al pueblo y hasta á sus camaradas y sus amigos. Bastante devoto para que los socialistas le llamaran jesuita y bastante republicano para que los reaccionarios le llamaran rojo, constituía una excepción en los talleres del barrio; pero lo que es preciso en las circunstancias supremas para apoderarse de las masas y gobernarlas, son las excepciones que origina el genio, no las excepciones que establece la opinión. Originalidad revolucionaria no existe ya: para ser algo en los tiempos de regeneración y en los días de lucha social, es preciso encarnarse con los poderosos centros homogéneos que se llaman partidos. Las grandes corrientes de hombres siguen las grandes corrientes de las ideas,

y el verdadero jefe revolucionario es el que mejor sabe impulsar éstas en la dirección de aquellas.

El Evangelio está de acuerdo con la revolución, pero el catolicismo no; y esto explica que el papado en el fondo no esté de acuerdo con el Evangelio. Se comprende bien que el republicano sea cristiano, pero no se comprende que el demócrata sea católico; éste es un compuesto de dos contrarios, es un espíritu en el cual la negación ciega el paso á la afirmación; es neutro.

Pero en tiempos de revolución, el que es neutro es impotente.

Sin embargo, desde los primeros momentos de resistencia al golpe de Estado, el obrero católico-demócrata, cuyo noble esfuerzo vamos á referir, se lanzó tan resueltamente á la defensa de la justicia y de la verdad, que en pocos momentos cambió en confianza la desconfianza que inspiraba y consiguió que le aclamara el pueblo. Demostró tal valor en la construcción de la barricada de la calle Aumaire, que fué nombrado jefe por unanimidad. La defendió durante el ataque con el mismo valor con que la construyó. Aquella barricada fué un triste y glorioso campo de batalla; la mayor parte de sus compañeros murieron allí; él se salvó por milagro, y volvió á su casa descorazonado.

Le pareció evidente que las capas profundas del pueblo no se sublevarían, y que por medio de una revolución no podría dominarse el golpe de Estado, que solo podía ya combatirse por medio de la legalidad. Lo que hubiera sido una fortuna al principio, se hubiera convertido en esperanza al fin, fatal y próximo. En defecto del pueblo, creía que era conveniente sublevar á la clase media. Si una legión se levantara en armas, el Elíseo estaba perdido; pero para esto era preciso descargar un golpe decisivo, herir en el corazón á las clases medias y apasionar al vecindario con un espectáculo que no fuese pavoroso.

Entonces le ocurrió al citado obrero escribir al arzobispo de Paris. Tomó una pluma y en su boardilla escribió al señor prelado como hombre del pueblo y creyente: hé aquí el sentido de su carta:

“El momento es solemne; la guerra civil estalla entre el pueblo y el ejército; la sangre corre. Cuando la sangre corre, el obispo debe salir á la calle. M. Sibour debe seguir el ejemplo de M. Affre. El arzobispo de Paris debe recorrer las calles seguido por todo el clero, precedido de

la cruz pontifical, con mitra, procesionalmente. Debe llamar, para que le acompañen, á la Asamblea nacional, al Tribunal Supremo, á los legisladores con las bandas, á los jueces con las togas, á los ciudadanos y á los soldados, y debe ir en derecha al Elíseo. Al llegar allí debe hablar en nombre de la justicia contra el que viola las leyes, y en nombre de Jesus contra el que derrama sangre. Con que levante é imponga la mano bastará para derribar el golpe de Estado. De este modo podrá colocarse su estatua al lado de la de M. Affre, y podrá decirse que en dos circunstancias apuradas, dos arzobispos de Paris consiguieron aplastar con sus pies la guerra civil. La Iglesia es santa, pero la patria es sagrada, y hay ocasiones en que la Iglesia debe acudir al socorro de la patria.”

Así terminó la carta el obrero, que en seguida la firmó. Luego luchó con la dificultad de hacerla llegar á su destino. Pensó en llevarla él mismo, ¿pero le dejarían llegar á él, pobre artesano de blusa, hasta el arzobispo? Se le presentaba, además, la dificultad de que para ir hasta el palacio episcopal era indispensable atravesar los barrios sublevados, en los que acaso la resistencia duraba aun, y pasando por las calles llenas de soldados le detendrían y le registrarían, y como sus manos oían á pólvora, quizás le fusilarían y la carta no llegaría á su destino.

Perdía ya la esperanza de conseguir su objeto, cuando de pronto le acudió á la memoria el nombre de un representante, el de Arnaud de l'Ariege, que era la encarnación de lo ideal. Arnaud de l'Ariege era demócrata-católico como el obrero. En la Asamblea tenía prestigio, pero llevaba él casi solo esa bandera, que tenía pocos prosélitos y que aspiraba á conciliar la democracia con la Iglesia. Arnaud de l'Ariege era joven, hermoso, elocuente, tierno y firme á la vez, y sabía combinar las tendencias del tribuno con la fé del caballero. Sin querer separarse de Roma, adoraba la libertad. Tenía dos principios, pero no tenía dos caras, aunque el demócrata prevalecía en él. Un día me dijo:—*“Yo doy la mano á Victor Hugo, pero no se la doy á Montalembert.”*

El obrero le conocía, le escribía con frecuencia y le había hablado algunas veces.

El barrio en donde vivía Arnaud de l'Ariege estaba casi libre de la lucha; el obrero fué á buscarle en seguida,

Dicho representante, como nosotros, se había decidido por acudir á las armas y no había vuelto á su casa desde la mañana del 2 de Diciembre. Sin embargo, el segundo día pensó en su mujer y en su hija, niña de seis meses, y no pudo resistir á volver á su hogar. Entró en su casa y casi en seguida llegó el obrero.

Arnaud de l' Ariège le recibió, leyó la carta y la aprobó.

Arnaud de l' Ariège trataba al arzobispo de Paris, M. Sibour, que era un sacerdote republicano, que elevó á esta dignidad el general Cavaignac, que era el verdadero jefe de la Iglesia que soñaba el catolicismo liberal del citado representante; para éste el arzobispo representaba en la Asamblea el catolicismo que Montalembert desnaturalizaba. El representante demócrata y el arzobispo republicano celebraban frecuentes conferencias, en las que servía de intermediario el abate Maret, sacerdote inteligente, amigo del pueblo y del progreso y vicario general de Paris.

Arnaud unió á la carta del obrero una carta de remision firmada por él, y cerró las dos cartas bajo el mismo sobre. Pero quedaba en pié la misma dificultad, que era conseguir que la misiva llegara á manos del arzobispo.

Arnaud, por razones más graves todavía que los motivos que tenía el obrero, no podía llevarla él mismo, y el tiempo apremiaba. Su mujer, al ver el apuro en que se encontraban, dijo á su esposo:

—Yo me encargo.

La señora Arnaud de l' Ariège, casada hacia dos años, era hija del antiguo constituyente republicano Guichard, hija digna de tal padre y digna esposa de tal marido.

Estaban batiéndose en Paris y era preciso afrontar el peligro de atravesar las calles, pasar al través de las balas y arriesgar la vida.

—¿Qué pretendes hacer? le preguntó su esposo.

—Llevar esa carta.

—¿Tú?

—Yo.

—Es que eso es muy peligroso.

Ella le miró, preguntándole al mismo tiempo:

—¿Te puse anteayer algun inconveniente cuando te separaste de mí?

Su esposo la abrazó, derramando una lágrima, y le contestó:

—Anda.

La policía del golpe de Estado era recelosa y registraba á muchas mujeres

que atravesaban las calles. Pensando en esto, dijo la señora de Arnaud:

—Llevaré á mi hija.

Deshizo la envoltura de la niña, ocultó allí la carta y volvió á fajarla.

Cuando terminó la operacion, el padre besó á su hija en la frente, y la madre exclamó sonriendo:

—Esta pícara rojita no tiene mas que seis meses y ya conspira.

La señora de Arnaud llegó con gran trabajo al palacio arzobispal, porque el coche que la conducía tuvo que dar muchos rodeos, pero llegó. Preguntó por el arzobispo, y como una mujer que lleva un niño de pechos no puede ser muy temible, la dejaron entrar.

Se internó en el palacio, pero se perdió en los corredores y en las escaleras. No sabía por dónde ir, cuando tropezó con el abate Maret. Como le conocía, le enteró del objeto que allí la llevaba. El abate Maret leyó la carta del obrero y se entusiasmó.

—Esto puede salvarlo todo, dijo.

En seguida añadió:

—Seguidme, señora.

El arzobispo de Paris estaba en la habitacion contigua á su despacho. El abate Maret hizo entrar á la señora Arnaud en el gabinete, avisó al arzobispo, y momentos despues éste entró. Además del abate Maret estaba con él el abate Deguerry, párroco de la Magdalena.

La esposa de Arnaud entregó á monseñor Sibour las cartas de su marido y del obrero. El arzobispo las leyó y se quedó pensativo.

—¿Qué contestacion he de dar á mi marido? preguntó la señora de Arnaud.

—Señora, contestó el arzobispo, para obrar como aquí se me indica es demasiado tarde. Eso debió hacerse antes de empezar la lucha. Ahora nos espondríamos quizás á que corriera más sangre de la que se ha derramado.

El abate Deguerry guardó silencio. El abate Maret pretendió respetuosamente inclinar al arzobispo á que hiciera el supremo esfuerzo que aconsejaba el obrero, y pronunció algunas frases elocuentes. Insistió en creer que la aparicion del arzobispo podria provocar una manifestacion de la Guardia nacional, y una manifestacion de esta clase haria retroceder al Elíseo.

—No, contestó el arzobispo; no esperéis lo imposible: el Elíseo ya no retrocederá. En vez de conseguir que no corriera más sangre, yo solo conseguiria que se derramara á raudales. La Guardia

nacional no tiene prestigio. Si sus legiones aparecieran, mandaria el Elíseo que los regimientos aplastaran á las legiones. Además, ¿qué puede conseguir un arzobispo del hombre que acaba de dar el golpe de Estado, que ha faltado á su juramento y que no respeta el derecho? No retrocede el hombre cuando ha dado ya tres pasos en semejante crimen. No lo esperéis; ese es capaz de todo: el que ha herido á la ley en la mano de los representantes, heriria á Dios en su mano.

Diciendo esto despidió á la esposa de Arnaud con la mirada del hombre atribulado.

Cumplamos nuestro deber de historiador. Seis semanas despues un sacerdote entonaba en la iglesia de Nuestra Señora un *Te-Deum* en honor de la traicion del 2 de Diciembre, asociando á Dios al crimen.

Era el arzobispo Sibour.

VIII.

En el Monte Valerien.

De los doscientos veinte representantes prisioneros en el cuartel del muele de Orsay, cincuenta y tres fueron enviados al Monte Valerien. Llenaron cuatro coches celulares, y algunos que quedaron los amontonaron en un ómnibus. Benoist-d' Azy, Falloux, Piscatory y Vetimesnil quedaron encerrados en las celdas ambulantes, lo mismo que Eugenio Sué y Esquirós.

El representante M. Gustavo de Beaumont, gran partidario del sistema celular, subió á un coche celular.

El comandante del Monte Valerien se presentó á recibir á los representantes prisioneros. Al principio tenía la pretension de querer inscribirles en el registro, pero el general Oudinot, á cuyas órdenes habia servido de comandante, le apostrofó con dureza.

—Me conoceis?

—Sí, mi general.

—Pues bien, eso debe bastaros. No me preguntéis más.

—Sí, replicó Tamisier, preguntad más y saludadnos; que nosotros somos más que el ejército, nosotros somos la Francia.

El comandante entonces comprendió su posicion. Desde aquel instante estuvo con el sombrero en la mano ante los generales y con la cabeza inclinada ante los representantes. Les condujeron al cuartel del fuerte y los encerraron con-

fundidos en un dormitorio, al que añadieron algunas camas. Allí pasaron la primera noche. Las camas estaban tan juntas que se tocaban unas con otras. Las sábanas estaban sucias. Al día siguiente, por la mañana, por algunas palabras que oyeron pronunciar desde la parte de fuera, circuló entre ellos el rumor de que iba á hacerse una separacion entre ellos, y que iban á colocar aparte á los republicanos. Poco despues se confirmó ese rumor. La esposa de Luynes fué á ver á su marido y le llevó algunas noticias; entre éstas la de que el guarda-sellos del golpe de Estado, el hombre que firmaba *Eugenio Rouher*, ministro de Justicia, habia dicho: *Que se ponga en libertad á los representantes de la derecha y en el calabozo á los de la izquierda. Si el populacho se mueve, ellos serán responsables. Por garantía de la sumision de los barrios, nos apoderaremos de las cabezas de los rojos.*

No creemos que M. Rouher pronunciara palabras tan audaces. En aquel momento no era atrevido. Le nombraron ministro el 2 de Diciembre y contemporizaba, obrando con vaga gazmoñería y sin atreverse á instalarse en la plaza Vendome. M. Rouher aguardaba coyuntura favorable. Más tarde fué uno de los consejeros de Luis Bonaparte. El miedo de antes explica el celo excesivo que tuvo despues. La verdad fué que las palabras amenazadoras que acabamos de citar no las dijo Rouher, las dijo Persigny.

M. de Luynes participó á sus colegas de lo que se trataba y les advirtió que iban á preguntarles los nombres, con la idea de separar los monárquicos de los republicanos. A esto siguió un murmullo unánime de reprobacion. Manifestaciones tan generosas honran á los representantes de la derecha.

—¡No, no, no digamos nuestros nombres! No permitamos que nos escojan! exclamó Gustavo de Beaumont.

—Entramos aquí juntos y juntos debemos salir todos, añadió Vetimesnil.

Algunos instantes despues vinieron á advertir á Antony Thouret que estaban escribiendo una lista de nombres secretamente y que los representantes realistas serian invitados á firmarla.

Antony Thouret tomó la palabra y dijo:

—Señores, se está formando una lista, y eso es una indignidad. Ayer en la Alcaldía del 10.º distrito vosotros nos deciais:—Ya no hay izquierda ni dere-

cha; todos somos la Asamblea. Creíais en la victoria del pueblo y os cubríais con nosotros los republicanos. Hoy creéis en la victoria del golpe de Estado y volveríais á ser realistas para entregarnos á nosotros los demócratas. Pues bien, hacedlo.

Se elevó un clamor general.

—Que no haya derecha ni izquierda! Todos constituimos la Asamblea y todos debemos correr la misma suerte.

Cogieron y quemaron la lista empezada.

—Por decision de la Cámara, dijo sonriendo Vetimesnil.

Sonriendo tambien un representante legitimita, añadía:

—Por decision de la Cámara no; por decision del dormitorio.

Algunos instantes despues se presentó el comisario del fuerte, y en términos corteses, pero decisivos, invitó á los representantes del pueblo á que declarasen sus nombres, con la idea de designarles su destino definitivo.

Le respondió un grito general de indignacion.

—Nadie os dirá su nombre, le contestó el general Oudinot.

—Todos nos llamamos lo mismo, representantes del pueblo, añadió Gustavo de Beaumont.

El comisario saludó y se fué.

Pasadas dos horas volvió acompañado de Duponceau, jefe de los ujieres de la Asamblea, hombrecillo soberbio, de rostro rosado y de cabellos blancos, que en las solemnidades se pavoneaba al pié de la tribuna con el cuello plateado, con una cadena en el pecho y con la espada entre las piernas.

El comisario dijo á Duponceau:

—Cumplid vuestro deber.

Lo que el comisario entendía y Duponceau comprendía por *deber*, era que el ujier denunciara á los legisladores; algo parecido á que el criado vendiera á sus amos.

Así lo hizo.

El susodicho ujier se atrevió á mirar de frente á los representantes, uno tras otro, y los nombraba, mientras que un agente de policía tomaba nota de los nombres y de los apellidos.

Maltrataron al señor Duponceau mientras estaba pasando revista.

—Os tenía por un imbécil, pero creía que érais honrado, le dijo Vetimesnil.

Antony Thouret le dirigió palabras más duras. Encarándose con él, le apostrofó así:

—Merecíais llamaros Dupin.

Efectivamente, el ujier era digno de ser el presidente y el presidente digno de ser el ujier.

Contados y calificados los prisioneros, resultaron diez representantes de la izquierda: Eugenio Sué, Esquirós, Antony Thouret, Pascal Duprat, Chanay, Jayolle, Paulin Durrieu, Benoit, Tamisier, Teillar-Latérisse y tres miembros de la derecha que desde la vispera los convirtió en rojos el golpe de Estado.

Los encerraron separadamente y pusieron en libertad, uno detrás de otro, á los cuarenta restantes.

IX.

El pueblo empieza á relampaguear.

La tarde fué amenazadora.

En los boulevares se habian formado muchos grupos; por la noche crecieron, hasta formar grandes aglomeraciones de gente. La muchedumbre, inmensa á cada instante, aumentaba y se revolvia por las afluentes de las calles ondulante y borrascosa, dejando escapar murmullo clamoroso y trágico.

En la larga línea desde la Magdalena á la Bastilla, casi por todas partes la calzada estaba ocupada por la tropa de infantería y de caballería, formada en batalla, y por baterías enganchadas: en las aceras, por ambas partes de ese móvil monton de sombras, erizado de cañones, de sables y de bayonetas, corría una ola de pueblo irritado. Por todas partes, en los boulevares, se veía la indignacion pública. En la Bastilla reinaba calma completa.

En la puerta de San Martin la muchedumbre, apiñada é inquieta, hablaba en voz baja. La sociedad del 10 de Diciembre hacia muchos esfuerzos. Hombres de blusa blanca, que era una especie de uniforme que la policía habia adoptado en aquellos dias, decían:—¡Dejemos hacer! ¡Que se arreglen los veinticinco francos! Nos abandonaron en Junio de 1848, que salgan hoy del apuro como puedan.—Otros hombres con blusas azules les respondían:—Ya sabemos lo que tenemos que hacer. Ahora estamos empezando; esperemos.

En un grupo se refería que estaban volviendo á levantar barricadas en la calle Aumaire, que allí habia muerto mucha gente, que los soldados estaban borrachos, que se habian establecido en muchos puntos del barrio ambulancias

llenas ya de heridos y de muertos. Esto se decía á media voz, sin gesticular y en tono de confidencia. De vez en cuando la muchedumbre callaba y se ponía á escuchar, y se oían descargas lejanas.

Los grupos decían:—*Ya empiezan á rasgar la tela.*

Nosotros estábamos constituidos en sesion permanente en casa de Marie y recibíamos adhesiones de todas partes. Muchos colegas nuestros que no pudieron encontrarnos el dia anterior vinieron á engrosar nuestras filas, entre otros Manuel Arago, hijo valeroso de su padre ilustre, Farconnet y Raussel y algunas notabilidades parisienses, entre las que se contaba el jóven y ya célebre defensor del *Avenement du Peuple*, M. Desmarests.

Dos hombres elocuentes, Julio Favre y Alejandro Rey, redactaban una proclama dirigida á la Guardia nacional. En la sala, Sain, sentado en una butaca, con los piés en los morillos, secándose á la lumbre las botas mojadas, decía con tranquila y animosa sonrisa, con la que hablaba en la tribuna:—Esto vá mal para nosotros, pero bien para la República. Se ha proclamado la ley marcial, que se cumplirá con ferocidad, sobre todo en nosotros. Estamos perseguidos, acechados y cercados, y es poco probable que nos escapemos. Hoy, mañana, dentro de diez minutos quizás, se hará un *espachurramiento* de representantes. Nos cogerán aquí ó en otra parte, nos fusilarán en el acto ó nos matarán á bayonetazos. Pasearán nuestros cadáveres, y esto quizá consiga sublevar al pueblo y hacer caer á Bonaparte. Estamos muertos, pero Bonaparte está perdido.

Como nos habia prometido Emilio de Girardin, á las ocho recibimos de la imprenta de *La Presse* quinientos ejemplares del decreto de destitucion y declaracion fuera de la ley, confirmando el decreto del Tribunal Supremo, y que iba autorizado con todas nuestras firmas. Era un cartel pequeño impreso en papel de sacar pruebas. Noel Parfait trajo los ejemplares, húmedos todavía, metidos entre el chaleco y la camisa, y los repartimos entre treinta representantes, que enviamos á los boulevares para que los distribuyeran entre el pueblo.

Extraordinario fué el efecto que este decreto produjo en la muchedumbre. En los cafés que quedaron abiertos se arrebataron los ejemplares; las gentes esta-

ban apiñadas en los portales que habia luz y se amontonaron al pié de los faroles; algunos subian á los guarda-cantones ó á los bancos y leían el decreto en voz alta.—Eso es! Eso es! gritaba el pueblo. Bravo! Bravo! Las firmas! ¡Las firmas!—Se leían las firmas, y al oír el nombre de cada representante aplaudia la multitud. Charamaule, alegre é indignado, recorría los grupos distribuyendo ejemplares del decreto; como era alto, de palabra sonora y animosa y agitaba por encima de su cabeza el paquete de impresos, todos tendían la mano hácia él. Los soldados presenciaban todo esto.

La lectura del decreto añadió á la indignacion sombrío ardimiento, y el pueblo comenzó á arrancar de todas las esquinas los carteles del golpe de Estado. Desde la puerta del café de *Varietés* un jóven gritó á los oficiales:

—Estais borrachos!

En el boulevard Bonne-Nouvelle los obreros enseñaban el puño á los soldados y les decían:

—¡Tirad, cobardes, á hombres desarmados! Si tuviéramos fusiles levantaríais en alto las culatas.

Empezaron las cargas de caballería en el café Cardinal.

Como en el boulevard San Martin y en el boulevard del Temple no habia tropa, la muchedumbre era allí más compacta que en otras partes. En dichos puntos las tiendas estaban cerradas, los faroles despedían escasa claridad, tras los cristales de las ventanas oscuras se entreveían vagamente algunas cabezas que miraban.

De repente, en la desembocadura de la calle de San Martin estallaron una claridad, un ruido y un tumulto. Todas las miradas se dirigieron á aquella parte; oleaje profundo remueve la multitud, que se precipita y se apiña á lo alto de las aceras que bordean las entradas de los teatros de la puerta de San Martin y del Ambigú. Se entrevé una masa que se mueve y una luz que se acerca; se oyen voces que cantan el terrible estribillo: *Aux armes, citoyens! Formez vos bataillons!* Lo que se vé son antorchas encendidas. Lo que flamea es la Marsellesa.

La muchedumbre se apartaba al paso de las antorchas y de la Marsellesa. El grupo llegó al barrio de San Martin y penetró por él. Entonces comprendieron lo que significaba esta marcha fúnebre. El grupo se dividía en dos: el pri-